

**UNIVERSIDAD DEL CEMA
Buenos Aires
Argentina**

Serie
DOCUMENTOS DE TRABAJO

Área: Ciencia Política y Relaciones Internacionales

**BRAVE NEW WORLD: APUNTES SOBRE EL
ESTADO DEL MUNDO A MEDIADOS DE 2012**

Carlos Escudé

**Julio 2012
Nro. 490**

ISBN 978-987-1062-74-4
Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Copyright – UNIVERSIDAD DEL CEMA

www.cema.edu.ar/publicaciones/doc_trabajo.html
UCEMA: Av. Córdoba 374, C1054AAP Buenos Aires, Argentina
ISSN 1668-4575 (impreso), ISSN 1668-4583 (en línea)
Editor: Jorge M. Streb; asistente editorial: Valeria Dowding <jae@cema.edu.ar>

Escudé, Carlos

Brave new world, apuntes sobre el estado del mundo a mediados de 2012. - 1a ed. -
Buenos Aires : Universidad del CEMA, 2012.

21 p. ; 22x15 cm.

ISBN 978-987-1062-74-4

1. Ciencias Políticas. 2. Relaciones Internacionales. I. Título.
CDD 327.1

Fecha de catalogación: 06/07/2012

BRAVE NEW WORLD: **APUNTES SOBRE EL ESTADO DEL MUNDO** **A MEDIADOS DE 2012***

Por Carlos Escudé**

RESUMEN

Este documento corresponde a la conferencia de apertura del 2° Congreso de Relaciones Internacionales de la Universidad de Congreso, titulado “Perspectivas, dinámicas y desafíos del nuevo orden mundial”, que tuviera lugar en la ciudad de Mendoza, República Argentina, el 22 y 23 de junio de 2012.

Se trata de un trabajo descriptivo que pasa revista a algunos de los aspectos más salientes del orden mundial en ese momento, entre ellos:

1. La pérdida de poder blando y duro de los Estados Unidos, a raíz de los errores morales, estratégicos y financieros cometidos con posterioridad a los ataques del 11 de septiembre de 2001.
2. La crisis de la Eurozona y la creciente posibilidad de que los países de la llamada Europa periférica cedan parcelas de soberanía financiera a Berlín, convirtiendo a Alemania en una suerte de imperio financiero, con una proyección geopolítica que no ha tenido desde la Segunda Guerra Mundial.
3. La frustración de las expectativas democráticas en torno a la llamada “primavera árabe”.
4. Los avances alcanzados por Rusia en años recientes, incluyendo la recuperación de un área de influencia propia en la que Estados Unidos está poco menos que excluido.
5. La perspectiva de una creciente irrelevancia de la OTAN.
6. La perspectiva de una disolución de la alianza París-Berlín, y una convergencia entre Berlín y Moscú que altere el mapa geoestratégico mundial, y
7. El ascenso de China, y la perspectiva de que el desplazamiento de Estados Unidos del Cono Sur de las Américas, y especialmente de la Argentina, genere oportunidades desconocidas desde que Estados Unidos desplazó al Reino Unido en el Río de la Plata, después de la Segunda Guerra Mundial.

* NOTA: Las opiniones expresadas en este trabajo son del autor y no necesariamente reflejan las de la Universidad del CEMA.

** Director del CERES (Seminario Rabínico Latinoamericano “Marshall T. Meyer”), Investigador Principal del CONICET, y Profesor Visitante de la UCEMA.

2011-2012: un año y medio para recordar

Es posible que el futuro traiga consigo aún más cambios y convulsiones que los de los últimos dieciocho meses, pero el último año y medio quedará registrado en la historia como el punto de inflexión en que comprendimos en forma definitiva que ningún país del mundo representa un modelo de comportamiento cívico, y que ningún poderoso tiene autoridad moral para darnos lecciones a los argentinos. Por lo menos en Estados Unidos y Europa, quedó claro que nada era lo que parecía ser, y que nosotros, ingenuos y asombrados sudacas, pronto estaremos habitando un planeta política y económicamente irreconocible.

Comencemos por Estados Unidos, que parecía la superpotencia sin par, campeona de un capitalismo progresista, presunta salvadora del mundo libre, y modelo de democracia y de los derechos humanos. En el transcurso de 2011 se coronaron nuestras decepciones, que ya venían sufriendo severos golpes desde 2003, cuando Washington desató una sangrienta guerra contra Irak, invocando la existencia, en ese país, de imaginarios arsenales de armas de destrucción masiva.

Por cierto, en 2011 nos enteramos oficialmente que el Presidente Obama, que comenzó su gestión galardonado con el Premio Nobel de la Paz, lanza órdenes ejecutivas para asesinar ciudadanos norteamericanos en países extranjeros. Así, se demostró que, en este ámbito, sus prácticas son similares a las de Videla y Pinochet, cuya multilateral Operación Cóndor permitió al dictador argentino asesinar compatriotas suyos en Brasil, y al dictador chileno asesinar a sus propios conciudadanos en la Argentina.

Washington, que tanto se rasgó de vestiduras frente a las violaciones de derechos humanos en nuestro Cono Sur, y que en el pasado tanto intervino en nuestra política interna, levantando el dedo admonitorio de su superioridad moral, venía demostrando el mayor cinismo por lo menos desde que, durante el gobierno de George W. Bush, legalizó la tortura *offshore* con una serie de sofismas semánticos. Los norteamericanos no pueden torturar legalmente a prisioneros sospechosos de terrorismo en su propio territorio, pero pueden hacerlo en la isla de Cuba, donde usurpan, desde 1903, una base naval cuya macabra prisión ya es legendaria. Obama no quiso o no pudo cumplir con su promesa electoral de terminar con esta situación, y ya no lo va a hacer.

Pero la decepción por el desempeño norteamericano no se limitó al ámbito de los derechos humanos. Desde 2008 se venían quebrando nuestras ilusiones acerca del papel rector de Estados Unidos como modelo de capitalismo. Hace años que los norteamericanos (que tanto han criticado a los países deudores) consumen muchísimo más de lo que producen. Su déficit comercial anual supera actualmente el medio millón de millones de dólares, y más de la mitad de esa cifra corresponde a su déficit bilateral con China, la superpotencia en ascenso. No menos sorprendente es la deuda soberana norteamericana en poder de Beijing, que supera holgadamente el millón de millones de dólares. Más aún, los excesos de

desregulación financiera, auspiciados por la codicia de Wall Street y otras sedes bursátiles, han causado un daño colosal a la economía mundial, contribuyendo en buena medida a la decadencia material norteamericana.

Como consecuencia, en el interior profundo de Estados Unidos se ha engendrado un cuarto mundo que hace empalidecer, por su miseria, las coloridas favelas de Río de Janeiro. El “sueño americano” demostró ser una quimera, y no sorprende entonces que cinco ciudades de ese país se encuentren entre las cincuenta más violentas del mundo. Son Nueva Orleans, Saint Louis, Baltimore, Detroit y Oakland. A pesar de la exagerada sensación de inseguridad que prevalece en nuestro país, ninguna urbe argentina figura en este infernal listado de las ciudades de más de 300.000 habitantes que encabezan el *ranking* mundial de homicidios intencionales.

Pero la degradación moral que describo no se limita a Estados Unidos. Se extiende asimismo sobre Europa, y 2011 demostró ser, también para esa región, el año en que las falsedades e hipocresías quedaron desenmascaradas.

Por cierto, con la complicidad de la OTAN y el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, Francia e Inglaterra condujeron ese año una infame campaña para defender intereses petroleros en Libia, escudándose en la causa de los derechos humanos. Para preservar sus inversiones, derrocaron al notorio dictador Gadafi, justificándose en la masacre de rebeldes que éste estaba perpetrando. A los europeos no les importó que, al proceder de este modo, facilitaran el acceso al poder de milicias tribales que no son mejores que el dictador derrocado. La interesada intervención europea engendró anarquía, y en el segmentado orden actual, los triunfantes rebeldes libios ya han linchado, apaleado y torturado a numerosos sospechosos de apoyar al dictador depuesto, además de encarcelar a varios miles de nuevos “enemigos del Estado”.

Este cinismo, desplegado por los defensores europeos de los derechos humanos, se torna evidente cuando recordamos que, en el pasado, Gadafi había estado involucrado en gravísimos actos de terrorismo internacional. Los mismos países occidentales que ahora lo derrocaron lo habían “perdonado”, a cambio de una promesa de “buen comportamiento” y multimillonarias compensaciones para algunos familiares de sus víctimas.

Tal fue el recordado caso del vuelo Pan Am 103, derribado en 1988 sobre Lockerbie, Escocia, con 270 personas a bordo. Así como el perdono de 2002, oficializado por el Presidente Bush a través de la Orden Ejecutiva 13.477, permitió consolidar brillantes contratos petroleros con Gadafi, en 2011 fue necesario derrocar al dictador para mantener vigentes esos mismos negocios. Y la justificación a la que ahora se apeló fueron los bastardeados derechos humanos.

Finalmente, si algo faltaba para terminar de embadurnar el lienzo de la moral cívica occidental, el lamentable espectáculo de la crisis del euro desnudó una de las peores caras

de la política mundial. Hoy está claro que la Eurozona no es sino un mercado cautivo de Alemania, cuyos países miembros están obligados a permitir la entrada de productos de ese país a sus mercados nacionales, a la vez que no pueden vender los propios, porque la moneda común está sobrevaluada para productos como los vinos italianos o las aceitunas griegas. El Banco Central Europeo trabaja para los intereses alemanes. Como consecuencia, los países periféricos de Europa se han convertido en prisioneros del nuevo imperio financiero de Berlín. Están atados a una trampa similar a la de la convertibilidad argentina de tiempos de Menem y De la Rúa, pero sin la posibilidad de retirarse.

Como si con esto no bastara, ajustando más y más sus clavijas expoliadoras, Francia y Alemania le imponen a Grecia inhumanos ahorros en sus gastos sociales, pero a la vez continúan vendiéndole armamentos al son de 2500 millones de euros para fragatas francesas, 400 millones para helicópteros de ese origen, y 1200 millones para submarinos alemanes. Por cierto, para cerrar el último paquete de ayuda, Grecia se vio forzada a ratificar la compra de estas armas, que necesita para defenderse de Turquía, con quien mantiene viejas disputas territoriales.

Y exhibiendo el cariz más perverso del predicamento humano, Francia y Alemania no proponen garantizar la integridad territorial de Grecia frente a Turquía, para que Atenas pueda ahorrarse ese gasto militar. Por el contrario, prefieren explotar la carrera armamentista, ganando tanto en la venta de los costosos equipos como en su financiación. Y como suyo es el poder, consiguen convencer a muchos de que el problema radica en que los parasitarios países de la “Europa Med” están poblados por holgazanes que disfrutan del sol mientras los alemanes trabajan.

Por cierto, los últimos dieciocho meses nos han brindado una sola lección edificante: que nosotros, los argentinos, somos mejores de lo que pensábamos. Es lo que se desprende de este caleidoscopio de iniquidades ajenas.

Obama y su “Operación Cóndor”

Quizás valga la pena profundizar en el caso norteamericano y en el alemán. Comenzaremos por el primero. Los errores morales se pagan. Estados Unidos ahora padece una pérdida de credibilidad sin precedentes. Y la cosa es aún más grave si consideramos lo ocurrido el 30 de septiembre de 2011, cuando la CIA asesinó a dos ciudadanos estadounidenses en Yemen, usando un misil disparado por un avión robótico operado por satélite desde un remoto centro de cómputos. Uno de ellos, Anwar al-Awlaki, había sido incluido por la CIA desde principios de 2010 en una lista pública de terroristas de al-Qaeda que debían ser asesinados. La otra víctima, acompañante de al-Awlaki en la ocasión, fue un “daño colateral”.

Para que se comprendan las tremendas implicancias de lo acontecido, debemos reformular lo dicho: sin debido proceso judicial, y basándose en informes secretos de inteligencia, el gobierno de los Estados Unidos decidió quitarle la vida a un ciudadano de su propio país, violando flagrantemente la Primera Enmienda de su Constitución. Así como amparados en la infame “Operación Cóndor” de las dictaduras del Cono Sur, Pinochet mandaba asesinar chilenos en Buenos Aires, y Videla mandaba asesinar argentinos en Uruguay y Brasil, Obama manda asesinar norteamericanos en Yemen, sin juicio previo y apoyándose en presuntas pruebas secretas.

Anwar al-Awlaki estaba en la lista de blancos escogidos para el asesinato porque los servicios de inteligencia llegaron a la conclusión de que había tenido un papel central en un frustrado intento por hacer estallar un avión sobre Detroit, programado para la Navidad de 2009. El padre de la víctima, Nasser al-Awlaki, inició entonces una querrela para sacar a su hijo de esa lista de reos de muerte sin juicio previo, pero el gobierno de Obama invocó el privilegio del secreto de Estado para desbaratar el proceso judicial. El juez John Bates, de la justicia federal de Washington, dictaminó que lo que estaba en juego era una “cuestión política” encuadrada enteramente en la esfera del Poder Ejecutivo.

De nada sirvieron las quejas de importantes organizaciones como la *American Civil Liberties Union* y el *Center for Constitutional Rights*, que arguyeron a favor de la querrela del padre de la víctima. Señalaron que, de insistir el gobierno en su decisión de asesinar a un ciudadano sin juicio previo, los criterios legales aplicados deberían ser explicitados en forma pública, ya que, a primera vista, se estaba violando la Constitución y la ley internacional. La respuesta del gobierno y de la Justicia fue que no sólo las pruebas sino también los criterios legales invocados eran secretos. Consumado el asesinato, Obama felicitó públicamente a los perpetradores de la fechoría.

Comentando sobre estos hechos el 3 de octubre, la prestigiosa revista *The Atlantic Journal* preguntaba indignada: “¿Qué justificación pueden tener el presidente Obama y sus abogados para mantener secreto el razonamiento legal que supuestamente los habilitó para este operativo? No se trata de un secreto militar. No es un caso en que se protege a un agente de la CIA que opera en forma encubierta. Tampoco es un caso en que se oculta al público una vulnerabilidad del país frente al terrorismo. (...) Estamos frente a un presidente que explota el secreto oficial para justificar la legalidad de sus decisiones sin tener que someter su razonamiento al escrutinio del público.”

Y en su editorial del 2 de octubre, el *Los Angeles Times* preguntaba: “¿Cómo puede ser que se necesite una orden del juez para espiar las conversaciones telefónicas de un ciudadano, pero no para matarlo?” Agregaba: “Si Awlaki fue de verdad un arquitecto de ataques terroristas dentro de los Estados Unidos, como dicen los funcionarios, entonces quizá debamos celebrar su desaparición. Pero en el fondo no lo sabemos, ¿no es verdad?”

Para colmo, esto se dio junto al incumplimiento, por parte de Obama, de su promesa electoral de cerrar la cárcel de Guantánamo. Pero no sólo se mantiene vigente la perversa legalidad de la tortura offshore. Desde su elección, Obama fue más duro que su predecesor, George W. Bush, en sus políticas respecto de la CIA. Por primera vez dio a los espías un papel protagónico en las mismísimas operaciones de combate, a través del uso de aviones robóticos como el que mató a al-Awlaki.

Por cierto, cuando asumió, Obama eligió como jefe de la CIA a Leon Panetta, que en 2011 fue ascendido a secretario de Defensa. Panetta fue el adalid de la guerra con aviones robóticos, que Bush había limitado mucho debido a las numerosas muertes colaterales que ocasionan. En cambio, Obama les dio luz verde. Un dato duro que documenta el cambio es que, según el *New York Times* del 13 de abril de 2011, en 2010 se efectuaron en Paquistán 117 ataques con aviones robóticos, más que la suma de todos los años previos. Y según un informe de 2009 de la Brookings Institution, los ataques en ese país han matado a diez civiles por cada uno de los militantes ultimados.

Simultáneamente, la CIA reconoce que en años recientes se ha multiplicado el personal de su Centro de Operaciones de Contraterrorismo, que es el departamento especializado en las operaciones de estos letales robots aéreos. Más aún, según el *Washington Post* del 20 de septiembre, ya existe en el Cuerno de África y la Península Arábiga toda una constelación de bases secretas para aviones robóticos. Están ubicadas en los Estados africanos de Etiopía y Yibuti, y en las índicas Islas Seychelles, a la vez que se ha construido otra pista secreta en algún lugar de Arabia. Y según el renombrado *Scientific American* del 3 de octubre, ya se han desplegado más de 7000 de estos aparatos asesinos en el mundo. En las palabras de Hina Shamsi, director del Proyecto de Seguridad Nacional de la *American Civil Liberties Union*:

“Estamos siendo testigos de la transformación de la CIA en una organización paramilitar, sin los controles ni la obligación de dar cuenta de sus acciones, a que tradicionalmente están sujetos los militares”.

Estados Unidos sigue siendo una democracia. Pero está más cerca de ser un Estado policial que antes del advenimiento de Obama, y esa es una paradoja lamentable. Si alguno de ustedes me preguntara si acaso esa gran potencia no sigue siendo mejor, en el plano de la moral cívica, que autocracias como China y Rusia, quizás le daría la razón. Pero ese juicio omite el hecho de que Rusia y China nunca nos prometieron otra cosa.

Por cierto, descubrir la arbitrariedad asesina de la razón de Estado en una autocracia no sorprende. Pero comprobar que ésta se ejerce en el país que se nos presenta como el modelo de las democracias causa escándalo. ¿Con qué autoridad moral podrán los norteamericanos juzgar y sancionar, de aquí en más, a las dictaduras más feroces?

Ya no hay códigos. La degradación cívica de los Estados Unidos ha sumergido al mundo en un infierno moral en el que el Derecho Humanitario es vilmente manipulado.

¿Eurocrisis? ¿Se viene el Imperio Alemán!

Profundicemos ahora sobre la iniquidad alemana.

Aunque seguramente también escucharon la otra campana, muchos de ustedes oyeron decir que Grecia y otros países de la periferia europea acumularon una deuda soberana impagable debido a la irresponsabilidad de sus gobernantes, que por demagogia apostaron a un estado de bienestar que su economía no podía solventar. Este discurso, que hasta la reciente elección de François Hollande en Francia fue el de los “países serios”, remata con sarcasmo: ¡y ahora pretenden que los salven los alemanes! Pero no es eso lo que dicen algunos griegos, ni tampoco muchos críticos de los “países serios”, para quienes la principal responsabilidad sería de los países fuertes, y el principal beneficiario, Alemania.

Según estos críticos, con quienes coincido, los problemas se remontan por lo menos al Tratado de Maastricht de 1992, cuando los europeos convinieron en atarse a una moneda común sin unificar el control de la política fiscal ni el de las finanzas. Al auspiciar un bloque con libre comercio y moneda única en el que los miembros compiten sin trabas contra todos los demás, Berlín creó un mercado cautivo para sus propios productos.

Por cierto, Alemania es el tercer exportador del orbe, y sus productos tienen tanto valor agregado que resultan competitivos a pesar del alto valor del euro. Durante los primeros años de la Eurozona esta asimetría pasó desapercibida, porque todos sus miembros crecieron mucho al son de las bajísimas tasas de interés engendradas por la ficción de que Europa era un país.

Pero Europa no era ni es un país, y tampoco lo es la Eurozona. En ningún momento se propuso amalgamar electorados, para plasmar unos Estados Unidos de Europa donde un voto griego valiera lo mismo que un voto alemán. Se propuso, en cambio, un único Banco Central Europeo en el que Alemania pesa infinitamente más que Grecia y toda la periferia europea junta. Los países de la UE que no aceptaron este engendro, como el Reino Unido y Dinamarca, quedaron bien parados, porque manejan su propia moneda y tasas de interés. Si tienen problemas de balanza comercial, devalúan y a otra cosa. Pero la mayoría de los que aceptaron el euro, Francia incluida, quedaron atrapados en un déficit comercial crónico.

Las tasas bajas de interés bajas de los primeros tiempos sólo fueron posibles por la fortaleza de la economía alemana, pero esto no se percibió en Grecia, Italia, España y otros países. Esas tasas generaron especulación en la Europa periférica. La gente se endeudaba para comprar propiedades cuya tasa de apreciación era mayor que la tasa de interés, generando una burbuja que tarde o temprano iba a estallar. Eso ocurrió en 2008. Fue parecido pero

diferente de lo sucedido en Estados Unidos, donde las causas que engendraron la burbuja especulativa fueron otras.

Cuando la crisis estalló, las tasas de interés se dispararon en Grecia y otros países débiles de Europa. Los banqueros comprendieron que la salud de la economía alemana no garantiza la deuda griega. Sobrevino una recesión y un gran aumento del desempleo. A partir de entonces, países como Grecia hubieran necesitado devaluar su moneda para mantener su nivel de exportaciones y evitar la pérdida de puestos de trabajo. Pero no pudieron hacerlo porque estaban atados a un euro y a un Banco Central Europeo cuyas políticas respondían a las necesidades de los países fuertes.

Y así, la brecha entre Alemania y la periferia de la Eurozona se convirtió en abismo. El euro hundió a las economías de los países menos ricos. Sin poder devaluar, sus exportaciones se redujeron, a la vez que, como miembros del mercado común, sus mercados seguían importando productos alemanes competitivos, de alto valor agregado, para lo cual tomaban prestado dinero, principalmente de Alemania. No es tanto que los griegos hayan sido irresponsables, sino que los alemanes habilidosamente tejieron un mecanismo de explotación de la periferia europea por parte del centro.

Si la Eurozona se disolviera, o si el euro se devaluara, países como Grecia se verían más beneficiados que perjudicados. Eso puede ocurrir, pero Alemania hará todo lo posible por impedirlo. La Europa actual está marcada por un predicamento insoslayable: en el largo plazo la Eurozona no puede funcionar a no ser que, a la par de la moneda única administrada por un banco central europeo, haya un solo ministerio de finanzas y un solo electorado.

Si los europeos hubieran querido llegar a eso, la UE sería hoy un solo gran país, con regiones muy ricas y otras más pobres. Pero con el rechazo del Tratado de Constitución Europea en 2005, esa posibilidad se esfumó. Ahora las opciones son el fin de la Eurozona o una tutela financiera autoritaria por parte de Berlín, ya que Alemania es el único país con la fuerza económica necesaria para proveer un control. La posibilidad de que Alemania acepte devaluar el euro, para posibilitar las exportaciones de los países más débiles, es casi nula.

Lenta e imperceptiblemente, a pesar de las aprehensiones de sus socios más importantes, como Francia, se fueron plasmando mecanismos financieros que depositan el control financiero de la Eurozona en Alemania, creándose instituciones como el Fondo Europeo de Estabilidad Financiera (FEEF) y el Mecanismo Europeo de Estabilidad Financiera (MEEF). A diferencia de las demás instituciones de la UE, en estas instituciones nuevas mandan los alemanes.

A través de ellas, un país en dificultades tendrá salvatajes a su disposición sin necesidad de recurrir al Consejo de Ministros de la UE: los salvatajes deberán ser aprobados por los alemanes. Gracias a eso, el dinero será más barato y los plazos más largos. Pero a cambio

de tanta maravilla, el país receptor deberá abdicar de gran parte de su autonomía financiera, adoptando programas de austeridad diseñados por los alemanes.

Obviamente, un desenlace posible es que las tensiones sociales emergentes de tanta austeridad hagan estallar a Europa. Pero si esas tensiones son controladas, puede ser que finalmente emerja algo parecido al supraestado que se frustró cuando los franceses votaron contra la Constitución Europea. Pero ya no será democrático, porque la soberanía de los electorados de los Estados más pobres quedará fuertemente limitada en cuestiones financieras y fiscales. En estas materias, se convertirán en pueblos vasallos.

Así, Alemania se encamina a convertirse otra vez en una auténtica gran potencia, con tutelaje sobre otros países europeos y con inmenso poder geopolítico, algo que no ocurría desde la Segunda Guerra Mundial. Estará en condiciones de auspiciar lo que le guste e impedir lo que no le guste, so pena de expulsar de la UE a un país que transgreda sus normas.

Por cierto, aunque por ahora nadie puede echar de la UE a un Estado miembro, en marzo de 2010 el ministro de finanzas alemán, Wolfgang Schäuble, afirmó que esa regla deberá cambiar. Y en 2011 el ministro de economía alemán, Philipp Roesler, sugirió que todos los Estados de la Eurozona deberán imponer límites constitucionales a sus deudas. También propuso crear un Consejo de Estabilidad de la Eurozona, con potestad para auditar las economías y los gobiernos de los Estados miembros. ¿Algo así como un FMI europeo gobernado principalmente por Alemania? Todavía no se sabe. Pero esta es la dirección en que se encaminan las cosas, en medio de las turbulencias de la crisis mundial.

Lentamente, la Eurozona se ha venido convirtiendo en un nuevo Imperio Alemán, aunque limitado a lo financiero, ya que Estados Unidos mantiene una presencia militar sobrecogedora en toda Europa, Alemania incluida. Paralelamente, en el extremo oriental de Europa, Rusia reconstruye su campo hegemónico, condicionando incluso a la propia Alemania, dada la dependencia de ésta del gas natural ruso. Moscú usa ese recurso para ejercer influencia geopolítica, y Berlín empleará su poder financiero con el mismo propósito, cada cual frente a un conjunto diferente de países.

Y así como Ucrania y Bielorrusia ya están nuevamente bajo la égida política rusa, es muy probable que Portugal, Irlanda, España e Italia, junto a varios países del Este europeo, se conviertan en provincias financieras de Alemania. Mientras tanto, Inglaterra y Francia se preguntan desconcertadas: ¿quiénes somos?

La afortunada elección de François Hollande en Francia agravará las tensiones con Alemania, a la vez que genera cierta esperanza de poder escapar a su tiranía financiera. Conservadores como el italiano Mario Monti y el español Mariano Rajoy ya están más cerca del socialista Hollande que de la conservadora Angela Merke. Enhorabuena. Aunque

las consecuencias económicas de la caída de la Eurozona serían muy graves, su consolidación sería verdaderamente siniestra.

Esto se ve claramente cuando consideramos que las frustraciones propias de esta crisis están engendrando partidos políticos extremistas en varios países. Les pregunto: si el Banco Central Europeo hubiera devaluado el euro hace varios años, para asegurar que no sólo las maquinarias alemanas, sino también las aceitunas griegas, se pudieran exportar, ¿creen ustedes que el partido neonazi griego Amanecer Dorado hubiera ganado dieciocho escaños parlamentarios el domingo pasado?

El demencial partido, que propone minar la frontera greco-turca, nunca antes había tenido legisladores. Su máximo dirigente, Nikolaos Michaloliakos, fue arrestado varias veces por delitos violentos, incluyendo atentados con bombas en Atenas. Es un defensor de la dictadura de los coroneles (1967-74) y de su uso de la tortura. A su vez, las tácticas de su partido son las mismas que las de los nazis de otros tiempos. Aterrorizan a inmigrantes, izquierdistas y periodistas; propinan palizas a maestros; han infiltrado clubes de fútbol e introducido en Grecia la violencia barrabrava.

Por cierto, de todos los partidos de extrema derecha de Europa, Amanecer Dorado es el más extremo: tal el diagnóstico del 17 de mayo del famoso diario de Internet, el *Huff Post*. ¡Es matemático! La derecha europea más extrema florece en el país más explotado por el sistema del euro. De la misma manera, en otra era, el nazismo surgió en Alemania como reacción a las penurias económicas engendradas por el abusivo Tratado de Versalles, que fue el colofón de la Primera Guerra Mundial. El país más explotado es el más extremista.

Pero el extremismo no sólo florece en la pobre Grecia, sino también en la rica pero atribulada Francia, donde el domingo pasado el xenófobo Frente Nacional regresó a la Asamblea Nacional por primera vez desde 1986. Con sus 22 años, Marion Maréchal Le Pen, sobrina del fundador del partido, se consagró como la diputada más joven de Francia. Y en la primera vuelta electoral de abril de este año, este partido fascista cosechó casi el 18% de los votos. Con casi seis millones y medio de votos, su candidata presidencial, Marine Le Pen, hija del fundador del movimiento, entró tercera, precedida sólo por François Hollande y Nicolas Sarkozy.

Al igual que durante la década del '30, la crisis está destruyendo tejidos sociales y engendrando extremismo.

La primavera rusa

El espectro de un nuevo imperio alemán en el contexto de la ruina de la periferia europea se complica aún más cuando consideramos las consecuencias de la primavera rusa.

Quizá les resulte llamativo oírme usar esta expresión, “primavera rusa”, cuando a lo largo del año pasado oíamos hablar de una cacareada “primavera árabe”. Bueno, decepciónense de una vez por todas. No hay tal cosa como una “primavera árabe”. De la serie de revueltas, no ha surgido ninguna democracia. Tanto en Egipto como en Túnez gobiernan los sucesores naturales del régimen previamente establecido: a rey muerto, rey puesto. Sin ir más lejos, tras la segunda vuelta de las elecciones presidenciales egipcias, el domingo pasado, se supo en forma cierta que la Corte Constitucional Suprema de ese país, cuyos jueces fueron nombrados por el depuesto dictador Hosni Mubarak, habían invalidado las elecciones parlamentarias de fines de 2011, entregando el poder legislativo a las fuerzas armadas.

A su vez, la cruda aritmética de las rebeliones árabes muestra que:

- 1) Occidente interviene “humanitariamente” sólo cuando sus inversiones están en peligro, como en el caso de Libia, donde una serie de torpezas diplomáticas pusieron a los europeos en una posición desventajosa frente a Gadafi;
- 2) Cuando algún pueblo árabe pone en jaque a un régimen opresor pero pro-occidental, Occidente se desentiende de la más brutal de las represiones, especialmente si está en juego la sede de la Quinta Flota de los Estados Unidos, como en el caso de Bahrén, y
- 3) Aunque el régimen opresor no le sea amistoso, si Occidente considera que la supervivencia de un gobierno es conveniente para la estabilidad regional, tolera masacres de opositores.

Por lo tanto, no se necesita ser de izquierda para llegar a la conclusión de que la presencia occidental en Medio Oriente y Norte de África sigue siendo colonial. Con la inteligencia basta.

Por otra parte, el aumento del precio del petróleo debido a las disrupciones generadas por las revueltas no beneficia a los países árabes, que están sujetos a los límites de producción impuestos por la OPEP. El aumento beneficia principalmente a Rusia, que no está sometida a los límites de la OPEP y es el segundo exportador de petróleo del mundo. Y Moscú también se benefició del corte del flujo de gas natural libio. Normalmente, éste se transporta a Italia a través del gasoducto Greenstream, operado por el gigante petrolífero italiano ENI. Italia es la tercera consumidora de gas natural de Europa, y en las circunstancias se vio forzada a comprarle a Rusia.

Como si con esto no bastara, por motivos que ya nada tienen que ver con las revueltas árabes, también los japoneses han debido recurrir a Rusia para realizar grandes compras de gas natural líquido. En su caso, el combustible ruso reemplaza parte de la energía de los devastados reactores nucleares de Fukushima. Y para colmo, respondiendo a demandas

populares, Alemania optó por cerrar paulatinamente sus reactores nucleares y reemplazar esa energía con mayores compras de gas natural ruso.

Por cierto, lo que es catástrofe para Japón y para el mundo entero resulta bonanza para el Kremlin, no por una perversión intrínseca sino por las paradojas de la condición humana. Como consecuencia, ya hacia fines de marzo de 2011, y por primera vez desde que la crisis financiera mundial le pegó duro en 2008, las reservas internacionales de Rusia superaron los quinientos mil millones de dólares.

Pero Moscú no sólo gana dinero con estos avatares. También aumenta su poder, ya que los daños que podría infligirle a varios países claves si les cortara el suministro de gas natural son cada vez mayores. Europa en especial depende de Rusia en forma creciente, y este es un hecho con consecuencias geopolíticas.

En verdad, circunstancias casuales le han regalado a Rusia una gran oportunidad. La demanda popular de reemplazar la energía nuclear por fuentes más seguras deja con pocas alternativas a muchos países. En lo inmediato, energías renovables como la solar y la eólica no están suficientemente desarrolladas como para que puedan ser la solución principal. Se necesitan años de investigación y desarrollo para que puedan reemplazar eficientemente a las fuentes de energía más contaminantes y peligrosas. Por otra parte, el potencial hidroeléctrico de Europa está colmado. Y los europeos tampoco pueden invertir en nuevas centrales eléctricas alimentadas por carbón, debido a las emisiones de dióxido de carbono, que son causantes del efecto invernadero que sus Estados se juramentaron a controlar. La única alternativa restante es el gas natural. Y Rusia es el primer exportador mundial de ese combustible. Además, tiene las mayores reservas comprobadas del planeta.

En este plano, y frente a Europa, el futuro parece ser ruso. Por cierto, aunque está lejos de ser una superpotencia capaz de disputar el predominio mundial como lo era en tiempos soviéticos, Moscú vive un momento de gran auge. A pesar de su autoritarismo, su régimen goza de popularidad interna y por ahora no teme rebeliones como las que asolan a los despotismos árabes. Tampoco enfrenta invasiones de inmigrantes no deseados, como las que padecen los países de la Unión Europea. Más importante aún es el hecho de que no está involucrada en conflictos internacionales que comprometan su estabilidad y recursos. No comparte el predicamento de Estados Unidos, que tiene casi 900 bases militares esparcidas por el mundo.

Este presente contrasta positivamente con la frustración sufrida por Moscú hasta muy recientemente. Por cierto, los rusos sienten que, desde el final de la Guerra Fría, fueron víctimas de reiterados agravios por parte de Occidente. Aunque los presidentes George Bush (padre) y Bill Clinton prometieron no expandir los intereses de seguridad de su país en el ex imperio soviético, muy pronto la mayor parte de los países del viejo Pacto de Varsovia fueron incorporados a la OTAN. Luego se sumaron los países bálticos, que habían

sido parte de la Unión Soviética. Y cuando en 2007 se precipitó la crisis de Kosovo, se estudiaba la incorporación de Georgia y Ucrania a la OTAN.

Pero desde entonces las cosas han cambiado. Por un lado, el fracaso táctico de Estados Unidos en Irak y Afganistán se hizo cada vez más evidente. Impulsados por la imprevisible emergencia de 11 de septiembre de 2001, los norteamericanos comprometieron sus efectivos terrestres en demasía, quedándose sin reservas de tropas para participar en otros teatros de operaciones. A la vez, con el aumento del precio del petróleo, Rusia obtuvo la liquidez necesaria para modernizar sus fuerzas armadas. Imperceptiblemente, cambió la relación de fuerzas entre Rusia y Estados Unidos en el ámbito de los países que constituyeron la ex Unión Soviética.

No obstante, Occidente pareció no darse cuenta, y como dije antes, en febrero de 2008 cometió la imprudencia de reconocer la independencia de Kosovo, incumpliendo con una promesa previa de que respetaría la integridad territorial de Serbia, un aliado histórico de Rusia. La respuesta del Kremlin fue fulminante: intervino en Georgia, apoyando las aspiraciones secesionistas de dos provincias pro-rusas. Rusia doblegó a los aliados norteamericanos en el Cáucaso (como lo hiciera la OTAN con Serbia) y reconoció la independencia de Osetia del Sur y Abjasia (como hizo Occidente con Kosovo). Estados Unidos nada pudo hacer (como Rusia frente a Kosovo). Ni tampoco pudo Europa, con su monumental dependencia energética de Rusia.

Al obrar así, Moscú demostró elocuentemente que nuevamente hay una esfera de influencia rusa en la que es mejor que Occidente no intervenga. Esta esfera fue perdida con el colapso soviético de 1989, pero sucesivas torpezas norteamericanas le han permitido a Rusia recuperarla. Alemania, el mayor cliente mundial del gigante gasífero ruso Gazprom, rápidamente entendió el mensaje y quitó su apoyo al proyecto norteamericano de incorporar a Ucrania a la OTAN.

Dadas esas circunstancias, sólo faltaba una “primavera árabe” para consolidar la verdadera primavera, que es la rusa. La situación es cada vez más clara. En una amplia región de la ex Unión Soviética, es Rusia, no Estados Unidos, quien manda. Además, en esa parte del mundo los norteamericanos no son confiables para sus propios aliados, porque no pueden cumplir con su promesa de defenderlos. Los errores se pagan. Hoy, para Europa central puede tener más sentido hacer buenas migas con Moscú que con Washington.

¿El ocaso de la OTAN?

Lo dicho sugiere que la OTAN puede estar llegando a su ocaso, en el contexto de fuertes tensiones geopolíticas entre Moscú y Washington.

Por cierto, cuando a mediados de 2010, Estados Unidos y Rusia intercambiaron espías pescados in fraganti mientras realizaban tareas de inteligencia ilegales, quedó claro que, aunque la Guerra Fría terminó hace más de dos décadas, la competencia geopolítica entre ambas potencias sigue caliente. Aunque los días en que los rusos competían por la primacía mundial parecen lejanos, la rivalidad entre Washington y Moscú se sigue haciendo sentir en varias regiones del mundo, y muy especialmente en Europa.

A lo largo de la mayor parte de su historia, la capacidad militar y de inteligencia de Rusia ha sido muy superior a su poderío económico. Su economía era muy débil cuando derrotó a Napoleón, y también cuando, al comenzar la Guerra Fría, capturó a Europa central. Esta paradoja, que aún sigue vigente, se debe a que sus aparatos de seguridad interna y su cultura política le permiten reprimir a su propia ciudadanía de una manera impensable en el Occidente actual. Por eso, puede someter a su pueblo a estándares de vida comparativamente bajos, canalizando una proporción más alta de sus recursos hacia sus fuerzas armadas. Para ilustrar el caso basta observar que mientras Alemania es mucho más poderosa que Rusia en lo económico, ésta la supera largamente en lo militar.

Por cierto, Polonia y los países bálticos no temen a Alemania. Temen a Rusia, y por eso azuzan a Estados Unidos. A su vez, Alemania, más segura de sí misma, no teme tanto a Rusia como a la posibilidad misma de conflicto. Está consciente de que, a lo largo de la Guerra Fría, su territorio estuvo a punto de convertirse en el campo de batalla de una guerra holocáustica entre Rusia y Estados Unidos. Ya fue arrasada en dos guerras mundiales y lo último que quiere es una nueva guerra fría. Hará lo que sea para evitarla, incluso oponerse a proyectos expansionistas de Washington.

Eso se vio patentemente desde que, en octubre de 2008, la canciller Angela Merkel se reunió con el presidente ruso Dmitri Medvédev para discutir la posibilidad de un pacto de seguridad entre Europa y Moscú por afuera de la OTAN. En la conferencia de prensa posterior, Merkel dijo que su país objeta la eventual incorporación de Georgia y Ucrania a la OTAN, entonces auspiciada por Estados Unidos. Así, reiteraba lo que ya se había insinuado en la cumbre de Bucarest de ese año, cuando el presidente francés, Nicolas Sarkozy, hizo causa común con su colega contra las aspiraciones de la Casa Blanca.

Al oponerse a Washington en ese tema, Berlín y París intentaban mitigar temores rusos expresados por Medvédev cuando señaló que, aunque el Pacto de Varsovia desapareció hace veinte años, la ampliación de la OTAN continúa. Agregó: “Naturalmente, vemos estas acciones dirigidas contra nosotros”. Y como los miembros de la Alianza tienen poder de veto sobre sus decisiones, la oposición de Alemania y Francia obligó a Estados Unidos a interrumpir su campaña.

Por otra parte, Alemania tiene poderosas razones para no irritar al oso ruso. No es que tema una agresión militar, sino que es muy vulnerable a una de las más poderosas armas de Moscú, que ya mencioné: el uso político del suministro de gas natural. Desde que la URSS colapsó, Rusia utilizó su gas para subsidiar a países adictos de la ex Unión Soviética y para castigar a los que se alejaban de su órbita. A su vez, el castigo de un país como Ucrania, por momentos “rebelde”, a veces conllevó un corte del gas exportado a Europa central. Por ejemplo, una vez que Rusia los sancionó, los desesperados ucranianos comenzaron a desviar para sí el gas que fluye por su territorio pero que está destinado a países centroeuropeos. Y entonces los rusos directamente cerraron la canilla, enviando de paso un fuerte mensaje político a Occidente, especialmente a Alemania, para recordarle cuán profunda es su dependencia del gas ruso y cuán poco inteligente es seguir a Estados Unidos en su política de cercar a Rusia.

Esta compleja problemática se actualizó a raíz de las consecuencias políticas de la catástrofe nuclear japonesa en la remota Fukushima. Merkel optó por acatar las preferencias de su asustado electorado, ecológicamente muy correcto. Anunció que los reactores atómicos de su país, que generan casi una cuarta parte de la energía consumida, serán paulatinamente cerrados, y que hacia 2022 habrán sido reemplazados completamente por otras fuentes de energía, supuestamente renovables.

No obstante, con una sola excepción, en este momento no hay grandes obras en marcha que permitan a Berlín llevar a cabo un reemplazo de tales dimensiones. La excepción confirma la sospecha de que, aunque diga lo contrario, Merkel piensa aumentar la dependencia alemana del gas natural ruso, que ya representa el 40% del consumido en Alemania: a fines de 2011 entró en funcionamiento el gasoducto submarino Nord Stream, que transporta gas natural directamente desde Rusia a través del Báltico.

Para Alemania, el objetivo original del nuevo gasoducto era evitar que el recorrido del gas ruso por Ucrania y Bielorrusia proveyera a Moscú de una excusa para presionarla indirectamente, generando ambigüedad política con cortes de suministro. Pero en las circunstancias actuales, un nuevo gasoducto permite aumentar las importaciones alemanas, dándole factibilidad a la necesidad electoral de cerrar los reactores nucleares. Simultáneamente, crece la dependencia alemana del gas ruso.

Pero mientras tanto, aunque ahora se hable menos de incorporar a Ucrania a la OTAN, Estados Unidos sigue adelante con su política de cercar a Rusia. Con la excusa de que hay que defenderse de potenciales ataques misilísticos de Irán o de militantes islamistas, desarrolla escudos anti-misiles con Rumania y Polonia. Se trata de emprendimientos bilaterales que no se desarrollan bajo el paraguas de la OTAN, de modo que aunque los Estados involucrados son miembros de la Alianza, Alemania no tiene derecho a veto.

Si todo funciona bien, los escudos entrarán en operación en 2015 y 2018, respectivamente. Esta perspectiva vuelve locos a los rusos, porque un sistema que sirve para bloquear misiles iraníes sirve también para interceptar misiles rusos, y si se pueden bloquear los misiles de un país, se adquiere la capacidad de atacarlo con misiles sin temer un contraataque. En esta esfera, un arma defensiva es también un arma ofensiva. La gran incógnita, entonces, es si una Alemania profundamente dependiente del gas ruso no entrará en un conflicto político grave con sus socios de la OTAN cuando los escudos misilísticos comiencen a funcionar. Y sin Alemania, la OTAN no sería la OTAN.

Por cierto, la Alianza Atlántica cruje. Moscú aduce que si los escudos son realmente contra los islamistas, Rusia debe ser integrada a la red. Estados Unidos se niega, a la vez que Polonia y Lituania, que temen a Rusia, vociferan contra esa posibilidad. Pero Alemania parece tentada a apoyar a los rusos. E incrementando las tensiones internas de la OTAN, Alemania y Francia han comenzado a proveer a Rusia de equipos militares de última generación. Por ejemplo, la empresa alemana Rheinmetall le vende blindajes. Y para desmayo de Lituania, Francia le vende buques de asalto anfibios portahelicópteros. Es decir que mientras Estados Unidos y la “nueva Europa” siguen intentando cercar a Rusia, Alemania y Francia contribuyen a que pueda defenderse mejor... quizás incluso en el ataque.

En verdad, los años podrían estar contados para la OTAN. Lo único seguro es que los espías seguirán yendo y viniendo. Burocracias enteras podrán quedarse sin empleo, pero para ellos siempre habrá trabajo.

¿El fin de la alianza franco-alemana?

Pero más grave que la perspectiva de que la OTAN se desdibuje es que se quiebre la alianza geopolítica entre Alemania y Francia.

Por cierto, desde la Segunda Guerra Mundial, la arquitectura de seguridad del mundo occidental se basó en el anclaje de Alemania Occidental a Europa por vía de dos instituciones, la OTAN y la integración europea. La idea era que el potencial alemán era peligrosamente desestabilizante, a no ser que Bonn quedara atado a París por medio de esos mecanismos. Era la manera de evitar la repetición de los procesos que habían conducido a dos guerras mundiales. Pero con la caída de la Unión Soviética, la OTAN perdió significación, a la vez que la unificación de las dos Alemanias aumentó enormemente el poderío alemán.

Si como resultado de las tensiones económicas que vive la Eurozona, la alianza franco-alemana termina por quebrarse, es muy probable que el futuro nos depare una alianza entre Berlín y Moscú, que desplace aún más a Washington de la política europea. En verdad, ambas potencias se complementan admirablemente. Alemania necesita los recursos naturales rusos y Rusia requiere la tecnología alemana. Hasta ahora, la envejecida alianza

entre Berlín y París ha impedido que esta alianza alternativa fructifique. Pero, ¿hasta cuándo?

Hay que recordar que los destinos transitorios de Alemania y Francia se unieron gracias a la ocupación del Reich posterior a la Segunda Guerra Mundial. Esa alianza se profundizó con la Comunidad Europea del Acero y el Carbón, que integró las industrias alemanas con las francesas. Esa integración prosperó hasta que emergieron primero la Comunidad Económica Europea, luego la Unión Europea y finalmente el euro. Y gracias a estas instituciones, ¡Berlín fue atado a Europa!

Esa fue la intención explícita de los arquitectos del mundo de posguerra, especialmente Estados Unidos, que hizo pública su motivación de anular el peligro alemán a través de la integración de los teutones con sus vecinos. Pero nadie controla la historia, cuya perversidad supera a veces la de los individuos humanos.

Por cierto, como dijimos reiteradamente, ya en tiempos recientes, y muy contrariamente a las intenciones de los fundadores de la integración europea, la Eurozona se convirtió en una amenaza para muchos de sus miembros. Emergió incluso la perspectiva de que, a través de mecanismos inéditos, muy diferentes de las conquistas territoriales del pasado, Alemania se apodere de parcelas de la soberanía de sus vecinos más débiles.

En la crisis actual, éstos son los malsanos incentivos de Berlín para seguir atada a Europa. No parece que de la Eurozona pueda surgir nada bueno. Pero si el proyecto Europa fracasa y Alemania deja de estar comprometida con sus vecinos, es muy probable que emerja un escenario donde resuciten los viejos demonios, aplacados desde 1945. Y con xenófobos partidos de extrema derecha en ascenso por doquier, inevitablemente resurgirá el miedo.

El alivio amarillo

Sin embargo, lentamente, la peligrosa dinámica engendrada entre Washington, Moscú y Berlín se verá parcialmente eclipsada debido a la emergencia de un nuevo gran actor que parece salido de la otra cara de la Luna. Me refiero, por supuesto, a la República Popular China. La decadencia económica del mundo occidental parece tener en China su principal beneficiario.

Ya segundo PBI del mundo, en pocos años será el primero. La comparación de sus parámetros actuales con los de Estados Unidos no podría ser más elocuente. El déficit fiscal norteamericano alcanzó 497.800 millones de dólares en 2010, y más de la mitad de esta cifra corresponde a su déficit bilateral con China, que en 2010 alcanzó los 273.070 millones. Desde el punto de Washington, lo único positivo es que la economía china crece tan rápido que las importaciones de ese origen deberán, necesariamente, crecer, quizás neutralizando el enorme desequilibrio. Según las progresiones, el mercado consumidor chino pronto será el segundo más importante del mundo. Los chinos comprarán cada vez

más, de modo que el desequilibrio comercial bilateral sino-norteamericano quizás se vaya cerrando paulatinamente, a medida que China se hace más y más poderosa.

Pero la situación se complica si consideramos la acumulación de valores del Tesoro norteamericano en poder del gobierno chino, que es el mayor poseedor de deuda estadounidense del planeta. Hacia fines de 2010 los haberes chinos en títulos norteamericanos eran superiores a 1,1 billón de dólares, en el sentido castellano de “billón” (o sea, 1,1 millón de millones, lo que equivale a 1,1 trillones estadounidenses). Si los chinos súbita y masivamente intentaran cambiar estos haberes en dólares por su equivalente en otras divisas, para Estados Unidos sería como una bomba atómica financiera.

Pero los chinos no hacen esas cosas. Son responsables. Aunque desde fines de 2010 se sacan de encima títulos estadounidenses, lo hacen a cuentagotas. Las dos economías están tan entrelazadas que una venta masiva de títulos norteamericanos en poder de los chinos dañaría casi tanto a éstos como a los norteamericanos mismos.

En el plano geopolítico, las dos superpotencias son competidoras. Así como Estados Unidos recela la creciente penetración china en América latina, a los chinos no les gusta nada que los norteamericanos actualicen sus pactos de seguridad con Japón, India, Vietnam o Mongolia. Por caso, un convenio que permite a los estadounidenses emplazar en Japón un portaviones nuclear con misiles antimisiles Patriot ha producido resquemores en Beijing. Simétricamente, desde Washington se mira con recelo la formación de la Organización de Cooperación de Shanghái (SCO), una especie de contraparte asiática de la OTAN cuyas lenguas oficiales son el chino y el ruso. En ella militan seis miembros plenos y cuatro observadores. Entre éstos está Irán. Cuando Estados Unidos se postuló como observador, fue rechazado.

Sin embargo, incluso en esta delicada esfera, la cooperación parece a veces un destino compartido. Por ejemplo, cuando en 2006 el mundo se enteró, alarmado, de que Corea del Norte había detonado un artefacto nuclear, los chinos comprendieron que la proliferación es peligrosa para todos, y en su condición de miembro permanente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, se avinieron a votar sanciones contra su díscolo vecino.

No deja de ser auspicioso. A pesar de que el principio de “jamás asumir un papel de liderazgo” es una de las casi canónicas “seis recomendaciones” del realismo periférico de Deng Xiaoping, que son casi obligatorias para la cultura política china, Beijing lentamente asume las responsabilidades de una superpotencia que cuida el orden mundial. Su papel de Estado contestatario, disconforme con el statu quo internacional, ya es cosa del pasado.

Por otra parte, aunque China seguramente va a desplazar a Estados Unidos del primer lugar en la economía mundial, y a pesar de que, para las economías principales de América del Sur, ya es en un socio más importante que Washington, hay un plano en el que el predominio global de Washington no podrá ser disputado por mucho tiempo: el militar.

En verdad, más allá de las inquietudes expresadas por los informes cuatrienales del Departamento de Defensa de los Estados Unidos (que parecen inspirados en la creencia de

que el predominio militar es un derecho natural de Washington), es un hecho irrefutable que ningún país tiene, ni remotamente, la red global de alrededor de 900 bases e instalaciones militares que Estados Unidos mantiene oficialmente en 46 países y territorios, ocupando unas 322.000 hectáreas en las que se erigen unos 26.000 edificios y estructuras. En este plano, la estructura del orden interestatal ni siquiera es multipolar: es unipolar. El creciente poder militar chino habilita a Beijing a defender su territorio y sus rutas globales de abastecimiento, pero Estados Unidos es el único país del orbe que posee la capacidad ofensiva de atacar a cualquier otro, y esta realidad no se va a alterar en un futuro previsible.

Por lo tanto, la China es el mejor socio posible de Suramérica: una superpotencia económica, pronto la primera del mundo, que no puede amenazarla militarmente. Esta ventaja se potencia para el caso de aquellos países que, como Argentina, Brasil y Chile, tienen economías que se complementan claramente con la china.

Aunque deberemos cuidarnos, porque siempre existen intereses en conflicto entre los Estados, y es una regla universal que el poderoso intentará aprovecharse del débil, en el caso argentino, especialmente, es mejor establecer una interdependencia asimétrica con Beijing, que padecer una dependencia absoluta frente a Washington. Los chinos nos necesitan, menos que nosotros a ellos, pero nos necesita. En cambio, los yanquis no nos necesitan.

Por cierto, en el caso argentino los cambios que se vislumbran son beneficiosos: la pérdida de hegemonía económica por parte de Washington implica el desplazamiento de un país que casi nunca le aportó nada bueno a Buenos Aires, y muchas veces le propinó graves daños. Lo suplantará un país que necesita de algunos de nuestros productos y que nunca tuvo malas relaciones con nosotros. Para la Argentina, comienza una nueva era histórica.

Nada más. Muchas gracias.